

También vino á ofrecerse el pintor Laezza y luego el gran artista que todos hemos llorado en Nápoles, el Sr. Cayetano Moninle.

*
* *

Todas esas flores de piedad y de caridad aparecieron en Nápoles en aquel mes de Mayo, que fué el *primero*, el más señalado Mayo que marcó la *primera hora del Santuario de Pompeya*. Pero no debía concluir ese dichoso mes consagrado á la Reina de las Flores, sin que hubiésemos cogido *muchas flores de caridad napolitana*. Obtuvimos que nuestra humilde empresa fuese predicada en la grande y frecuentada Iglesia de Santa Brígida, en donde lanzamos los programas con profusión, que nos proporcionaron mucha gente de la clase baja y media, pues con oír las predicaciones y leer los programas se llenaron de celo, y á su vez atrajeron otros entusiastas, y al cabo del mes de Mayo, el número de los suscriptos fué cuatro veces mayor. Esto explica el título de *Flores de aquel Mayo*, que hemos puesto á este capítulo.

CAPÍTULO II

EL 8 DE JUNIO DE 1876.—LA PRIMERA APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE POMPEYA.—LA SRA. JUANA MUTI.

El primer día de Junio de 1876 íbamos la condesa y yo en giro, pidiendo una limosna á varias familias para llenar los fundamentos que ya estaban zanjados.

Íbamos preguntando, yá á uno, yá á otro de nuestros conocidos, quiénes serían las personas más propicias á darnos un *soldo* al mes.

El P. Cirilo de Forío, d'Ischia, nos dijo que sabía de una familia rica y caritativa, que se llamaba Laghezza, y que vivía en la calle de Santa Teresa, núm. 75.

Fuimos enseguida allí, para hacerla suscribir por un *soldo* al mes. Era el 6 de Junio.

Aunque esos señores nos recibieron con mucha cortesía, sin embargo, al oír nuestra petición, y no pudiendo prestar entera fé á nuestras palabras, para librarse de aquella importunidad exclamaron: «Es imposible edificar una Iglesia con un *soldo*»; como si dijeran: desistan de esa utopía.

Entonces para convencerlos, les contamos que la Virgen del Rosario había ya concedido

varias gracias á los que habían concurrido á la santa empresa con *un soldo*.

— Oh! si la Virgen se dignase hacer un prodigio—dijo la Sra. Carolina, la madre de familia— hoy sería el momento de mostrar su poder. Nuestra buena amiga Juana Muti se ha marchado de aquí para ir á la *Villa Doria sul Vomero*, en estado muy grave, y el dueño de la casa, convencido de que dicha señora ha de morir allí de consunción, ha puesto en el contrato la cláusula de que el pago debe ser forzoso por tres años, y si muriese, su familia tendría que renovar del todo el aposento. Su médico nos acaba de decir que la pobrecilla está ya desahuciada. Todos sus amigos la lloran y nosotros estamos afligidísimos. Su querido marido D. Fernando Muti está desconsolado; deja cinco huérfanos!

—Si es así—contesté— la enferma debe encomendarse á Nuestra Señora del Rosario, que para la edificación de su Iglesia concede muchas gracias en estos días.

—No sabe usted—dijo una de las señoritas— cuántos votos ha hecho su marido! cuántos dones ha ofrecido á varias Iglesias, pero todo inútilmente. Se ha cansado y perdido la esperanza...

—No pedimos votos ni donativos—contesté.

—Pruebe su amiga lo que han experimentado tantos. Hé aquí la hoja de las Celadoras.

Y diciendo esto, desarrollé un papel, en donde se leía arriba estas palabras: *Para un templo á Pompeya*. Empiece la enferma por poner su nombre al principio de la página con la pequeña dádiva de los *soldos* para *el nuevo templo de Maria*, y procure más asociados: empiece á obrar como celadora para la Virgen, y ésta no dejará de recompensarla. Prometa también que si alcanza la gracia se dará publicidad.

Así lo hizo. Aquella misma tarde las señoritas Laghezza enviaron á su amiga moribunda una carta, en la que decían hiciese un voto á la *Virgen milagrosa del Rosario de Pompeya* y la prometiese suscribirse como *celadora de la nueva Iglesia*, que debía construirse allí. Al mismo tiempo la mandaron también varios programas.

*
*

La Sra. Juana Sabbato de Muti estaba en cama en el último grado de consunción.

En Diciembre de 1875 se le notó una hinchazón con dolor al lado derecho, que fué definido por los mejores facultativos *un tumor frio*, que era preciso cortar para evitar tristes consecuencias. Pero con la esperanza de que desapareciese, dejaron pasar varios meses.

Después de varias consultas de las celebridades quirúrgicas y médicas napolitanas, sufriendo la enferma fuertes dolores en las vértebras,

que hacían presumir se tratase de *neurosi*, se hizo una operación el 22 de Abril de 1876, y el 5 de Mayo se le puso un sedal.

Es imposible decir los padecimientos que ocasionaba á aquella gentil señora la frecuente mediación del sedal. Además padecía de unos obstinada con paroxismos de hora en hora, que la dejaban una gran postración, y por último la sobrevino una broncoalveólida, que la daba una fiebre continua que subía hasta 40 grados.

Quedaba poca esperanza de salvarla la vida, pero para no dejar nada por hacer, fué inducido por varios médicos el cambio de aire, y la llevaron sobre la colina Soleado del Vomero. Pero allí arriba se puso peor y sentía acabarse la vida: Corrían malas noticias, quién decía que estaba moribunda, quién la tenía ya por muerta.

En estas tristes circunstancias se hallaba la malograda señora cuando llegó la carta de las Sritas. Laghezza. Al leer lo que la decían sus amigas y el *Programa de la Iglesia de Pompeya*, la enferma se conmovió y al momento firmó su nombre en el papel, luego llamó á su madre, á su doncella y á toda su familia. Desde que se suscribió, sintió apoderarse de ella tal fé, que no dudó ya de su curación.

*
**

Llegó el 8 de Junio. Hacía precisamente un mes que la Virgen del Cielo había mirado y bendecido la humilde tierra de Pompeya, en la que se empezaba *una obra que había movido cielo y tierra*.

La Sra. Muti cayó en un gran sopor y la pareció ver á la Virgen del Rosario sentada sobre un tronc con el niño Jesús en sus brazos, y con el rosario en la mano, pero sin diadema en la cabeza. Así precisamente estaba pintada la Virgen en el viejo cuadro de Pompeya, pero la enferma no lo sabía, ni le había visto jamás.

La parecía que la Virgen la miraba con gran ternura, y ella con insistencia y con abundantes lágrimas, la rogaba que la librase de tantos martirios que sufría y la sanase. Entre sus sollozos la mostraba al niño Dios como si quisiese por medio de la Virgen alcanzar esa gracia. Entonces la clemente Madre de Dios sonrió y la miró fijamente, echándole al mismo tiempo una cinta blanca sobre la que estaban escritas estas palabras: *La Virgen del Rosario de Pompeya ha concedido la gracia á la enferma Juana Muti!*

—Oh Madre del Rosario! Oh Madre! así lo espero! ¿Es verdad lo que me dices? ¿Con que estoy curada? ¿No moriré?—repetía la enferma—todo desvaneció, ella no creía en sí misma, la parecía un sueño. Pero no había sido sueño el suyo, porque en aquel momento oyó

perfectamente el movimiento y las palabras de las personas que estaban en el cuarto inmediato. ¿Con que era una aparición de la Virgen del Rosario? ¿Pero cómo explicar que la Virgen del Rosario estuviese sentada y sin diadema, cuando en todas imágenes se veía de pie y con la corona real en la cabeza? ¿Porque la vió en esta nueva actitud?

No sabía la pobrecilla explicarse todo esto, pero à pesar de todo se sentía con nuevas fuerzas y vuelta à la vida. Un júbilo inusitado había invadido todo su ser. La emoción no la dejaba contar lo sucedido, ¿pero cómo ocultarlo? ¿Porqué no participar à sus parientes y amigos el contento y la esperanza que llenaban su corazón?

Hecho ánimo, llamó à todos à su alrededor y con lágrimas de ternura les contó su visión.

De repente cesó la fiebre y la tos obstinada, y mientras la dichosa señora estaba aún hablando llena de animación, entró en la casa su marido Fernando Muti.

Al verla sentada en la cama y contando el extraordinario acontecimiento sin que la molestase la tos, fué tal su conmoción que echó à correr à la cuadra, montó à caballo y fuese directamente à Nápoles para saber por las señoritas Laghezza lo que había pasado.

Llegando al aposento de aquellas señoras se hincó de rodillas ante D.^a Carolina y con lágrimas en los ojos exclamó:

— ¡Me habeis devuelto mi esposa!— y les contó la visión, la mejoría, y preguntó qué significaba *aquella Virgen del Rosario*.

Las devotas señoras estupefactas ellas también de lo que veían no supieron decir otra cosa, sino que *habían venido dos señores que querían erigir una Iglesia mediante una suscripción de un soldo y que querían dedicarla à la Virgen del Rosario*.

No dijeron nada de la Imágen, de la corona que faltaba y demás.

Pero el hecho era que D.^a Juanita había visto la Virgen como está en Pompeya, y después de esta visión había vuelto de la muerte à la vida.

Las señoras Laghezzas llenas de una Santa alegría por haber querido la Virgen servirse de ellas para cumplir un prodigio, fueron en seguida à dar cuenta de todo al P. Altavilla, à quien habían oído pocos días antes en Santo Domingo Soriano manifestar desde el púlpito con palabras ardientes, el valiente intento de erigir *una Iglesia Católica en Pompeya con un soldo al mes*.

El P. Altavilla à su vez se llenó de júbilo al ver que el cielo patrocinaba con señales visibles la nueva obra que él había predicado en Nápoles y no tardó en participarnos la noticia à la Condesa Tuseo y à mí. De este modo fuimos juntos los tres, el día 13 de aquel mes,

al Vomero, al Casino Doria para oír de boca de la enferma lo que había sucedido. La señora Muti francamente y como persona sana, nos contó el hecho con todos sus pormenores.

El día 30 de Agosto la privilegiada señora volvió á Nápoles, completamente restablecida causando la admiración de cuantos la conocían. Ella misma escribió de su propio puño el testimonio, que fué leído por el P. Altavilla á un numeroso público en la Iglesia de San Nicolás de Tolentino (1).

La madre de la enferma, Clementina Sabbato ofreció 50 liras para la fábrica del templo; su hijo Pedro, una casulla. Hay en el Santuario de Pompeya una lámpara de plata y un copón con el nombre de Juanita Muti, grabados sobre ellos, que están como perenne recuerdo de la *primera aparición de la Virgen del Rosario*, bajo el título de la *Virgen de Pompeya* sucedida el 8 de Junio de 1876, al cabo de un

(1) Los testigos que firmaron el testimonio escrito del propio puño de la Sra. Muti y que se publicó desde el púlpito por el P. Altavilla en la Iglesia de San Nicolás de Tolentino, fueron Fernando Muti, marido de la enferma; Clementina Villani de Sabbato, madre de la enferma; Pedro Muti, hijo; Adelaida Genuino, criada; Carolina Aversa Spinelli; Rosa Gómez de Terán; Anita Laghezze; Mariánita Laghezze; Concepción Laghezze; P.^o José Altavilla de C. O. F.; Condesa Mariana Fuseo y abogado Bartolo Longo.

mes que se había consagrado la *primera piedra del templo de María*.

Hoy han pasado 21 años, y la mujer á quien fué concedida la gracia vive aún, y cuantos la visitan en su casa en la calle de Toledo, número 24, cuando todos la creían en el umbral de la muerte, se maravillan y bendicen á Dios sin cesar.

Y ella, después de 21 años, es feliz cuando puede relatar la insigne gracia que obtuvo, y certificar haberla recibido por la *milagrosa Virgen del Rosario de Pompeya*.

CAPÍTULO III

UN DONATIVO PARA EL PRIMER ALTAR.— LA SRA. RAQUEL DE HIPPOLYTIS

María quería, pues, confortarnos, aprobar lo que por Ella hacíamos, alentarnos á dar pasos mayores para conseguir nuestro intento, y al mismo tiempo educarnos para sostener nuevas dificultades que podían surgir.

Y así, antes de que concluyese aquel mes de Junio, se dignó concedernos muchas gracias.

Entre las piadosas personas que oían al padre Altavilla el día memorable 24 de Mayo, se hallaba una buena señora llamada Raquel de

Hippolytis, que vivía en la calle Santo Spirito di Palazzo, 41. Tenía un hijo atacado de bronquitis, en estado muy grave por enfermedad complicada. Al oír al predicador asegurar que la Santísima Virgen se dignaba conceder cada día nuevas gracias por su Iglesia de Pompeya, se sintió llena de nueva esperanza y decía para sí.

—Oh! si la Virgen de Pompeya me devolviese mi hijo, la ofrecería *mil* liras para que se hiciera en aquella Iglesia el primer altar.

La Reina de Misericordia quiso derramar un bálsamo de celestial dulzura en el corazón ulcerado de esa pobre madre. No había vuelto aún á su casa la Sra. de Hippolytis, cuando su hijo salió del peligro y en breve quedó sano.

Pero el amor materno siempre tiene dudas y teme lo peor, tratándose de la salud de un hijo.

La Sra. Raquel no quiere creer lo que vé, y teme sea una ilusión. Quiere estar segura de si la salud de su hijo se mantendría aún después de pasado el invierno, y en efecto, aguardó que concluyese el año 1876 y pasase el invierno de 1877. Pero en llegando el 8 de Mayo, cuando vió que su hijo seguía bueno, llena de remordimiento por no haber cumplido la promesa hecha á la Virgen, quiso remediar su falta con un generoso medio: «*Daré no sólo mil liras—sino también el interés de un año, que son cincuenta liras.*

Y para manifestar mayormente la gracia recibida, fué ella misma á Nola y entregó al obispo las mil ciento cincuenta liras para que las mandase á los fundadores del templo, para el primer altar que se construyera en la Iglesia del Rosario de Pompeya.

CAPÍTULO IV

LOS FUNDAMENTOS REFORZADOS

En los primeros días de Junio, fué el profesor Cua por primera vez á Pompeya, llevando el dibujo arquitectónico del nuevo templo reducido en proporciones geométricas, aunque tuvo que conformarse con las dimensiones establecidas por mí, cuando se excavaron los primeros fundamentos.

Ante todo manifestó el error cometido al construir las fábricas, especialmente los fundamentos á pedazos separados. Observó que si se hacía al año otro pedazo de fundamento y luego se le arrimaba una nueva fábrica, sucedería que al unir la nueva con la vieja construcción, se destacarían la una de la otra y se formaría una hendidura.

Era, pues, necesario abrir todos los fundamentos á un tiempo, y tratándose de tener que sostener un peso enorme, ya que se construía

con piedras volcánicas, era prudente hacerlos de un solo pedazo. Había que retocar los que ya se habían echado, reforzándolos con una escarpa en declive subterránea y ensanchando los muros fundamentales hasta 2,70 metros en toda su largura de 36 metros, dejando así una área interna para la nave de 9,20 metros de ancho, y además extender el eje del crucero hasta los 20 metros.

Para ejecutar sus planes, quiso también tener un trabajador más hábil, y para esto se llamó al maestro de obras de Scafati, Pascual Vitello, que, como recordarán los lectores, fué el que midió conmigo la Iglesia de la *Madonna de Muroli*.

Se volvieron á tomar de nuevo los trabajos del Templo el 10 de Agosto de aquel mismo año bajo la dirección del Sr. Cua, y hasta entonces se habían gastado *dos mil doscientas liras*, además del concurso gratuito de los jornaleros y los donativos de piedra volcánica, cal y demás.

CAPÍTULO V

LA SRA. MALVINA MASSA LENCI.—EL PRIMER CÁLIZ.

Mientras que yo trataba con arquitectos, ingenieros y albañiles para emprender de nuevo los fundamentos que habían sido interrumpidos,

la Virgen nuestra Reina se complacia en aumentar el número de sus gracias, y eligió también esta vez una de las personas que se hallaron presentes en la Iglesia de Santo Domingo Soriano el día en que es venerada bajo el título de *Auxilium Christianorum*.

La persona elegida por la Virgen fué la señora Malvina Lenci de Massa, oriunda de Nápoles, que vivía en el palacio Maffetone al Mercatello.

En los primeros días de Julio se hallaba esa señora en muy malas condiciones. Corría el riesgo de morir ella y la criatura que llevaba en su seno. En tan grave peligro, el único pensamiento de esa desgraciada, el disgusto de pensar que su criatura pudiera morir sin recibir el bautismo, y así quedar privado de la gloria del cielo. Asistida y confortada por el padre Altavilla recurrió al *puerto de los desesperados*, á la nueva Iglesia de Pompeya. Prometió regalar un *cáliz de plata*, el *primer cáliz* para la futura Iglesia, si quedaba sana, y el niño que debía nacer recibiese el agua saludable de la regeneración.

Feliz acontecimiento! La criatura recibió el bautismo y luego murió. La buena madre recobró en breve la salud y enseguida cumplió su voto.

El 27 de aquel mismo mes, recibo por conducto del P. Altavilla un cáliz de plata, regalo de

la Sra. Malvina Lexci de Massa por dos gracias recibidas á un tiempo por la Virgen bendita de Pompeya, á saber: su salud corporal y la salvación de un alma ya volada entre ángeles al reino de Dios.

CAPÍTULO VI

LA PRIMERA FIESTA EN EL RECINTO DE LOS FUNDAMENTOS.

No habían pasado seis meses desde que había sido consagrada y colocada la piedra angular del edificio, y ya los fundamentos de la Casa del Señor, estaban acabados.

A mediados de Octubre la superficie de los gruesos muros subterráneos llegaban á raíz del suelo destinado al lugar sagrado. Blanqueadas con cal, parecían aquellas murallas que ceñían los antiguos castillos para hacerlos fuertes é inexpugnables.

Ya saben mis lectores como desde hacía cuatro años, no dejaba yo pasar el mes de Octubre sin festejar á la Reina del Rosario con mis aldeanos; mas que nunca, convenía no dejar un uso tan bello. Propuse, pues, celebrar la fiesta en aquel recinto de tosca construcción, y lo principal era ofrecer á Dios el *primer sacrificio* en aquel terreno comprado para manifestación de su gloria.

Puestas unas tablas sobre dos toneles en el fondo, cubiertas con lienzo y paños, fué improvisado un altar como se hizo el 8 de Mayo. Se puso encima un crucifijo, seis velas, y una piedra sagrada. Detrás del altar, sobre un fondo blanco y azul se colgó la usada Imágen de la Virgen del Rosario así como se hallaba en la antigua parroquia, nada agradable á la vista porque no la había restaurado aún Maldaselli, pero que yo amaba tanto como señal de victoria, y venerada por muchos como manantial de consuelos divinos.

Se preparó la fiesta para el último domingo de Octubre que caía el día 29. Fué magnífica aquella mañana en que por primera vez fué festejada La Reina del Santísimo Rosario por sus hijos en el lugar escogido por ella misma como su nueva habitación y trono de sus misericordias. Sobre el área del naciente Santuario, sobre aquella tierra donde tuvo su sede el demonio, bajo un humilde toldo fué ofrecido por primera vez el Sacrificio de espiciación, de amor de Dios vivo y verdadero. En abierta campiña sobre un suelo lleno de esponjosas y volcánicas piedras en partes cubiertas de cal y de lodo, era saludada María con las quince decenas de su Rosario, y por gentes mezcla de nobles y plebeyos, venidos de Nápoles y sus alrededores, y en presencia del venerable Obispo de Nola.

El orador que se eligió para predicar en esa función, en un lugar tan asolado cerca de la carretera provincial, fué el mismo P. Altavilla, que el 24 de Mayo había encendido en Nápoles aquella chispa que pronto se convirtió en un incendio de religiosa piedad hácia la Obra de Pompeya. Con tiernas palabras de amor y de fè, el elocuente orador recordó el constante triunfo de la Cruz sobre la barbarie, los herejes, y el Paganismo, y como la Virgen María es siempre la compañera de esos triunfos, la corredentora del género humano. Y esta vez para plantear su casa entre los gimientes hijos de Eva, no elige un centro popular ni una gran ciudad católica para ser honrada convenientemente, pero si una campiña agreste que fué un día habitada por paganos; una tierra bajo la que se estremecen de rabia los demonios y mil perdidas almas de cónsules y de caballeros romanos.

¡Oh cuanta inefable dulzura gozaban en aquella hora los presentes; dulzura de que llena al alma la Religión.

Enfrente estaba el Vesubio con su penacho de humo gris que se echaba hacia el Occidente como una columna aérea: A la izquierda, el Anfiteatro con las ruinas de la antigua civilización y detrás los restos destrozados de una ciudad muerta que lleva aún las huellas de sus costumbres paganas. A los lados un conjunto

de fábricas apenas sobre salientes del terreno húmedo aun por las últimas lluvias del Otoño, y á la vista la imágen de un crucifijo que tiene el pudor de renovar y restaurar todo. Y mas alto, otra imagen suave, querida; la imagen de la Madre de aquel crucificado y que es también la Madre de los redimidos.

Dulces lágrimas corrían por las mejillas de los oyentes. Eran esas lágrimas la palabra del corazón del creyente que hablaba á Dios con amor y dolor á un tiempo. Era palabra *del dolor* por tantas impiedades y herejías que hacen sentir la necesidad de nuevos milagros del Rosario en el mundo. Era palabra de amor y de gratitud hacia Dios, que se digna aceptar por su gloria las obras del hombre, y demuestra su complacencia con prodigios que obra por la invocación de la *Virgen del Rosario de Pompeya*.

En aquel instante fué tal el arrojé del amor y de la fè en las almas de todos, que el mismo Obispo de Nola no pudo contenerse y bajando de su silla, se adelantó en medio del pueblo, y con ardientes palabras lo exortó á la fè católica y entonó en alta voz el Credo de los Apóstoles haciendo eco la muchedumbre que le rodeaba enternecida: Oh! nuestra Religión en la altura de su verdad, está también ceñida de una belleza encantadora.